

Respondo que ninguno de los autores que dicen esto tuvo presente todo el mundo, como mi gran padre san Benito, en aquella prodigiosa vision que refiere su cronista san Gregorio, para ver si hay ó no en él todas las especies que le hermosearon al principio. Es cierto que algunas cosas se dicen sin bastante exámen, y se aseguran con ligereza; pues empezando por lo último, el lino asbestino le hay hoy, y se cria en Chinclin, reino de la Tartaria Mayor, como asegura el padre Kircher, en su *China Illustrata*, y otros muchos; pero no he menester autores que me lo digan, porque yo mismo lo vi y probé, no tejido, sino suelto, en la forma de un sutil algodoncillo, aunque no tan blanco, sí que tira algo á coniciendo; y habiéndole puesto en un intenso fuego por buen rato, salió sin perder ni el más ténue filamento. La púrpura, no faltan autores que digan se halla hoy en algunas retiradas costas de África, aunque el diligentísimo Gesnero dice que no tiene noticia de que aparezca ahora en parte alguna del mundo, más verisímil es que haya faltado el conocimiento que la existencia de ese precioso pececillo. En cuante al monoceronte, Cesnero cita varios autores, que aseguran que aún persevera su especie. El fénix no es mucho no le haya hoy, pues nunca le hubo. Dicen que se vió en los tiempos de Sesóstris, Amásis y Ptolomeo, reyes de Egipto; sería como el que se traía á Roma en tiempo de Tiberio, del cual asegura Plinio que era más claro que el sol no ser verdadero fénix, sino otra ave muy distinta. El argumento tomado de la Escritura, que en la boca del santo Job le nombra, no prueba, porque esta voz se tomó del griego, en cuyo idioma la voz *phœnix* significa palma. Y así leen muchos: *Sicut Palma multiplicabo dies meos*, en vez de *Sicut phœnix*. Finalmente, si falta el verdadero cinamomo y otras plantas, no es fácil saberlo; porque las noticias de estas, ya se esconden, ya se manifiestan. En la historia de la Academia real de las Ciencias se lee que los botanistas modernos descubrieron hasta cuatro mil especies de plantas ignoradas de los antiguos. ¿Dirémos por esto que todas estas especies nacieron de nuevo en estos tiempos últimos? No por cierto, sino que las había ántes, pero no eran observadas.

No sería tampoco inconveniente conceder que una ú otra especie de poca monta, y sin cuyo uso puede pasar bien el hombre, se haya extinguido; porque esto para el todo del mundo es casi insensible. A la verdad, no se puede asegurar que, entre tan innumerables especies, todas se hayan conservado hasta ahora, sino es suponiendo de doctrina de san Agustín, de san Gregorio, santo Tomas y otros doctores que, como cada hombre

ticum, hecha en Tolosa el año de 1730, los inmutó el autor considerablemente, como otros muchos, reteniendo la misma sentencia. Así dice al principio del libro VII, después de proponer la opinion vulgar de la decadencia del mundo:

..... *Atqui non sidera cæli
Mutavere vices; neque post tot sæcula mater
Alma virum senio tellus effata quievit:
Sed cultu viget, æternam sortita juventam;
Et curis hominum, jugque exercita ferro
Primævæ reparat vires, nec inertior annis
Dedidit veterem, nostro sed crimine, laudem.*

tiene un ángel deputado para su custodia, para cada una de las demas especies materiales está asimismo deputado otro ángel, que vela para la conservacion de la especie, como en los hombres para la del individuo. Esta doctrina, sobre ser venerable por sus grandes patronos, tiene sólido fundamento en la Sagrada Escritura; porque, en el capítulo XIV del *Aporalipsi* se habla de un ángel que tiene potestad sobre el fuego, y en el XVI se llama otro el ángel de las aguas, donde el sentido más natural es, que estos dos ángeles cuidan de la conservacion de los dos elementos.

Alegan, lo segundo, que no se hallan hoy en muchas plantas las eficacisimas virtudes que celebran los escritores antiguos. Respondo que tampoco se hallan en ellas las que celebran los escritores modernos. Si fuese verdad todo lo que nos dicen los botanistas ó herbolarios de los últimos siglos de las virtudes de infinitas yerbas, con un pequeño huertecillo tendria cualquiera lo bastante para immortalizarse. No hay gente que dé menos lo que promete que los médicos. No hay dolor que en sus libros no tenga mil remedios, y los mil no son uno en llegando á la ejecucion. Valles, con ser de la profesion, confiesa que en ninguna cosa mienten ó desvarian más los médicos, que en las virtudes que atribuyen á los medicamentos; así, no puedo menos de reir, que algunos naturalistas se hayan quebrado la cabeza sobre averiguar qué planta es aquella que Homero llama *nepenthes*, tan eficaz para regocijar la alma y desterrar toda melancolia, que con su uso se pasaba sin dolor alguno por encima de los más terribles contratiempos, y así la usaba frecuentemente la hermosa Helena, como remedio seguro de sus disgustos. La dificultad está en que no se encuentra hoy planta alguna de virtud tan valiente, y la dificultad es bien leve; porque, si mienten tanto en esta materia los médicos y naturalistas, ¿qué harán los poetas?

Últimamente, se pueden oponer contra nuestra sentencia los estragos que hacen en la tierra las inundaciones y lluvias impetuosas, llevando gran porcion suya por los rios al mar, con lo que es preciso que en muchas partes, desnudando las peñas, hayan dejado vários espacios estériles; y en fin, en la sucesion larga de siglos podrá suceder lo mismo en todo el mundo. Respondo: es verdad que el mar nos roba mucha tierra; pero es falso que la robe para no restituirla jamas. De dos modos recobra la tierra lo que la usurpa el agua: el uno es arrojando el mar, con el tumulto de las ondas, mucho limo y arena á las orillas, lo que se ve claro en algunas partes, donde el mar se ha retirado por largo trecho de los antiguos términos. En nuestro monasterio de San Salvador de Corellana, en el principado de Asturias, hay evidentes testimonios de que llegaban allí los bajeles, y hoy se quedan más de dos leguas más abajo. Esto es lo de Ovidio:

*Vidi ego quod fuerat quondam solidissima tellus
Esse fretum: vidi factus ex æquore terras.*

El otro modo es, exaltándose innumerables partículas térreas en los vapores de que se forman las nubes, las cuales, despeñándose despues en lluvias blandas, quedan pegadas en las montañas y peñascos, y van hacien-

do costra poco á poco. La misma lluvia tambien suele hacer tierra de la superficie de las peñas, desatando con su impulso repetido la firmeza de su textura.

Los individuos, pues, aun en mármoles y bronces se envejecen; las especies inmortales se conservan. Ni nosotros podemos perpetuarnos la juventud, ni el mundo llegar á la decrepitez. Esto fué lo que nos dijo el

Columela de nuestro siglo, el padre Vaniero, en los elegantes versos que se siguen:

*Namque parens hominum æternam sortita juventam
Non senio tellus, non deficit ubere partu;
Sed facili vires, et fertilitatis honorem
Restituit cultu. Nos contra, cum semel annis
Invasit, nulla reparabilis arte, senectus,
In pejus ruimus, nec habet natura regressum.*

MÚSICA DE LOS TEMPLOS.

§ I.

En los tiempos antiquísimos, si creemos á Plutarco, sólo se usaba la música en los templos, y despues pasó á los teatros. Antes servia para decoro del culto; despues se aplicó para estímulo del vicio. Antes sólo se oía la melodía en sacros himnos; despues se empezó á escuchar en cantilenas profanas. Antes era la música obsequio de las deidades; despues se hizo lisonja de las pasiones. Antes estaba dedicada á Apolo; despues parece que partió Apolo la proteccion de este arte con Vénus. Y como si no bastára para apestar las almas ver en la comedia pintado el atractivo del deleite con los más finos colores de la retórica y con los más ajustados números de la poesía, por hacer más activo el veneno, se confeccionaron la retórica y la poesía con la música.

Esta diversidad de empleos de la música indujo tambien diferencia en la composicion; porque, como era preciso mover distintos afectos en el teatro que en el templo, se discurrieron distintos modos de melodía, á quienes corresponden, como ecos suyos, diversos afectos en la alma. Para el templo se retuvo el modo que llamaban *dorio*, por grave, majestuoso y devoto. Para el teatro hubo diferentes modos, segun eran diversas las materias. En las representaciones amorosas se usaba el modo *lidio*, que era tierno y blando; y cuando se queria avivar la mocion, el *mixo-lidio*, aún mas eficaz y patético que el *lidio*. En las belicosas el modo *frigio*, terrible y furioso. En las alegres y báquicas, el *eolio*, festivo y bufonesco. El modo *subfrigio* servia de calmar los violentos raptos que ocasionaba el *frigio*; y así habia para otros afectos otros modos de melodía.

Si estos modos de los antiguos corresponden á los diferentes tonos de que usan los modernos, no está del todo averiguado. Algunos autores lo afirman, otros lo dudan. Yo me inclino más á que no, por la razon de que la diversidad de nuestros tonos no tiene aquel influjo para variar los afectos, que se experimentaba en la diversidad de los modos antiguos.

§ II.

Así se dividió en aquellos retirados siglos la música entre el templo y el teatro, sirviendo promiscuamente á la veneracion de las aras y á la corrupcion de las

costumbres. Pero aunque esta fué una relajacion lamentable, no fué la mayor que padeció este arte nobilísimo; porque esta se guardaba para nuestro tiempo. Los griegos dividieron la música, que ántes, como era razon, se empleaba toda en el culto de la deidad, distribuyéndola entre las solemnidades religiosas y las representaciones escénicas; pero conservando en el templo la que era propia del templo, y dando al teatro la que era propia del teatro. Y en estos últimos tiempos ¿qué se ha hecho? No sólo se conservó en el teatro la música del teatro, mas tambien la música propia del teatro se trasladó al templo.

Las cantadas que ahora se oyen en las iglesias son, en cuanto á la forma, las mismas que resuenan en las tablas. Todas se componen de menuetes, recitados, arias, alegros, y á lo último se pone aquello que llaman *grave*; pero de eso muy poco, porque no fastidie. Qué es esto? ¿En el templo no debiera ser toda la música grave? ¿No debiera ser toda la composicion apropiada para infundir gravedad, devocion y modestia? Lo mismo sucede en los instrumentos. ¿Se aire de canarios, tan dominante en el gusto de los modernos, y extendido en tantas *gigas*, que apenas hay sonata que no tenga alguna, ¿qué hará en los ánimos, sino excitar en la imaginacion pastoriles tripudios? El que oye en el órgano el mismo menuet que oyó en el sarao, ¿qué ha de hacer, sino acordarse de la dama con qu'en danzó la noche antecedente? De esta suerte la música, que habia de arrebatar el espíritu del asistente desde el templo terreno al celestial, le traslada de la iglesia al festin. Y si el que oye, ó por temperamento ó por hábito, está mal dispuesto, no parará ahí la imaginacion.

¡Oh, buen Dios! ¿Es esta aquella música que al grande Augustino, cuando aún estaba nutante entre Dios y el mundo, le exprinia gemidos de compuncion y lágrimas de piedad? ¡Oh, cuánto lloré (decia el Santo hablando con Dios, en sus *Confesiones*), conmovido con los suavísimos himnos y cánticos de tu Iglesia! Vivisimamente se me entraban aquellas voces por los oidos, y por medio de ellas penetraban á la mente tus verdades. El corazon se encendia en afectos, y los ojos se desaciaban en lágrimas. Este efecto hacia la música eclesiástica de aquel tiempo; la cual, como la lira de David, expelia el espíritu malo, que aún no habia

dejado del todo la posesion de Augustino, y advocaba el bueno: la de este tiempo expelle el bueno, si le hay, y advoca el malo. El canto eclesiástico de aquel tiempo era como el de las trompetas de Josué, que derribó los muros de Jericó; esto es, las pasiones que fortifican la poblacion de los vicios. El de ahora es como el de las sirenas, que llevaban los navegantes á los escollos.

§ III.

¡Oh, cuánto mejor estuviera la Iglesia con aquel canto llano, que fué el único que se conoció en muchos siglos, y en que fueron los máximos maestros del orbe los monjes de san Benito, incluyendo en primer lugar á san Gregorio el Grande y al insigne Guido Aretino, hasta que Juan de Murs, doctor de la Sorbona, inventó las notas, que señalan la varia duracion de los puntos. En verdad que no faltaban en la sencillez de aquel canto melodías muy poderosas para conmovier y suspender dulcemente los oyentes. Las composiciones de Guido Aretino se hallaron tan patéticas, que, llamado de su monasterio de Arezzo por el papa Benedicto VIII, no le dejó apartar de su presencia hasta que le enseñó á cantar un versículo de su Antifonario, como se puede ver en el cardenal Baronio, al año de 1022. Este fué el que inventó el sistema músico moderno, ó progresion artificiosa, de que aun hoy se usa, y se llama la escala de Guido Aretino, y juntamente la pluralidad armoniosa de las voces y variedad de consonancias, la cual, si, como es más verisímil, fué conocida de los antiguos, ya estaba perdida del todo su noticia.

Una ventaja grande tiene el canto llano, ejecutado con la debida pausa, para el uso de la Iglesia; y es, que, siendo por su gravedad incapaz de mover los afectos que se sugieren en el teatro, es aptísimo para inducir los que son propios del templo. ¿Quién, en la majestad sonora del himno *Vexilla Regis*, en la gravedad festiva del *Pange lingua*, en la ternura luctuosa del *Invitatorio de difuntos*, no se siente conmovido, ya á veneracion, ya á devocion, ya á la lástima? Todos los dias se oyen estos cantos, y siempre agradan; al paso que las composiciones modernas, en repitiéndose cuatro ó seis veces, fastidian.

No por eso estoy reñido con el canto figurado, ó, como dicen comunmente, de *órgano*. Antes bien conozco que hace grandes ventajas al llano, ya porque guarda sus acentos á la letra, lo que en el llano es imposible, ya porque la diferente duracion de los puntos hace en el oido aquel agradable efecto que en la vista causa la proporcionada desigualdad de los colores. Sólo el abuso que se ha introducido en el canto de *órgano*, me hace desear el canto llano: al modo que el paladar busca ansioso el manjar ménos noble, pero sano, huyendo del más delicado si está corrupto.

§ IV.

¿Qué oidos bien condicionados podrán sufrir en canciones sagradas aquellos quiebro amatorios, aquellas inflexiones lascivas, que, contra las reglas de la decen-

cia, y áun de la música, enseñó el demonio á las comediantas, y estas á los demas cantores? Hablo de aquellos leves desvíos que con estudio hace la voz del punto señalado; de aquellas caidas desmayadas de un punto á otro, pasando, no sólo por el semitono, mas tambien por todas las comas intermedias; tránsitos que ni caben en el arte, ni los admite la naturaleza.

La experiencia muestra que las mudanzas que hace la voz en el canto, por intervalos menudos, así como tienen en si no sé qué de blandura afeminada, no sé qué de lubricidad viciosa, producen tambien un afecto semejante en los ánimos de los oyentes, imprimiendo en su fantasia ciertas imágenes confusas, que no representan cosa buena. En atencion á esto, muchos de los antiguos, y especialmente los lacedemonios, repudiaron, como nocivo á la juventud, el género de música llamado *cromático*, el cual, introduciendo *bemoles* y *subtenidos*, divide la octava en intervalos más pequeños que los naturales. Oigamos á Ciceron: *Chromaticum creditur repudiatum pridie fuisse genus, quod adolescentum remollescerent eo genere animi; Lacedaemones improbasse feruntur* (1). Supónese que con más razon reprobaron tambien el género llamado *enarmónico*, el cual, añadiendo más *bemoles* y *subtenidos*, y juntándose con los otros dos géneros diatónico y cromático, que necesariamente le preceden, deja dividida la octava en mayor número de intervalos, haciéndolos más pequeños; por consiguiente, en esta mixtura, desviándose la voz á véces del punto natural por espacios áun más cortos, conviene á saber, los semitonos menores, resulta una música más molificante que la del cromático.

¿No es harto de lamentar que los cristianos no usemos de la precaucion que tuvieron los antiguos, para que la música no pervierta en la juventud las costumbres? Tan léjos estamos de eso, que ya no se admite por buena aquella música que, así en las voces humanas como en los violines, no introduce los puntos que llaman *extraños*, á cada paso, pasando en todas las partes del diapasón del punto natural al accidental, y esta es la moda. No hay duda que estos tránsitos, manejados con sobriedad, arte y genio, producen un efecto admirable, porque pintan las afecciones de la letra con mucha mayor viveza y alma que las progresiones del diatónico puro, y resulta una música mucho más expresiva y delicada. Pero son poquísimos los compositores cabales en esta parte, y esos poquísimos echan á perder á infinitos, que queriendo imitarlos, y no acertando con ello, forman con los extraños que introducen, una música ridícula, unas veces insípida, otras áspera; y, cuando ménos lo yerran, resulta aquella melodía de blanda y lasciva delicadeza, que no produce ningun buen efecto en la alma, porque no hay en ella expresion de algun afecto noble, si sólo de una flexibilidad lánguida y viciosa. Si con todo quisieren los compositores que pase esta música, porque es de la moda, allá se lo hayan con ella en los teatros y en los salones; pero no nos la metan en las iglesias, porque para los templos no se hicieron las modas. Y si el oficio divino no admite mu-

(1) Libro 1, *Tuscul. quæst.*

danza de modas, ni en vestiduras, ni en ritos, ¿por qué la ha de admitir en las composiciones músicas?

El caso es, que esta mudanza de modas tiene en el fondo cierto veneno, el cual descubrió admirablemente Ciceron, cuando advirtió que en la Grecia, al paso mismo que declinaron las costumbres hácia la corruptela, degeneró la música de su antigua majestad hácia la afectada molicie, ó porque la música afeminada corrompió la integridad de los ánimos, ó porque, perdida y estragada esta con los vicios, estragó tambien los gustos, inclinándolos á aquellas bastardas melodías que simbolizaban más con sus costumbres: *Civitatumque hoc mullarum in Græcia interfuit, antiquum vocum servare modum: quarum mores lapsi, ad mollietiam pariter sunt immutati in cantibus; aut hac dulcedine, corruptelaque depravati, ut quidam putant: aut cum severitas morum ob alia vitia cecidisset, tum fuit in auribus animisque, mutatis etiam, huic mutationi locus* (1). De suerte que el gusto de esta música afeminada, ó es efecto, ó causa, de alguna relajacion en el ánimo. Ni por eso quiero decir que todos los que tienen este gusto adolecen de aquel defecto. Muchos son de severísimo genio y de una virtud incorruptible, á quien no tuerce la música viciada; pero gustan de ella, sólo porque oyen que es de la moda, y áun muchos sin gustar dicen que gustan, sólo porque no los tengan por hombres del siglo pasado, ó como dicen, de calzas atacadas, y que no tienen la delicadeza de gusto de los modernos.

§ V.

Sin embargo, confieso que hoy salen á luz algunas composiciones excelentísimas, ahora se atiende la suavidad del gusto, ahora la sutileza del arte. Pero á vueltas de estas, que son bien raras, se producen innumerables que no pueden oirse. Esto depende, en parte, de que se meten á compositores los que no lo son, y en parte, de que los compositores ordinarios se quieren tomar las licencias, que son propias de los maestros sublimes.

Hoy le sucede á la música lo que á la cirugía. Así como cualquiera sangrador de mediana habilidad luego toma el nombre y ejercicio de cirujano, del mismo modo cualquiera organista ó violinista de razonable destreza se mete á compositor. Esto no les cuesta más que tomar de memoria aquellas reglas generales de consonancias y disonancias; despues buscan el airecillo que primero ocurre, ó el que más les agrada, de alguna sonata de violines, entre tantas como se hallan, ya manuscritas, ya impresas; forman el canto de la letra por aquel tono, y siguiendo aquel rumbo, luego, mientras que la voz canta, la van cubriendo por aquellas reglas generales, con un acompañamiento seco, sin imitacion ni primor alguno; y en las pausas de la voz entra la bulla de los violines, por el espacio de diez ó doce compases, ó muchos más, en la forma misma que la hallaron en la sonata de donde hicieron el hurto. Y áun eso no es lo peor, sino que algunas veces hacen unos borrones terribles, ó ya porque, para dar á enten-

(1) Libro II, *De legib.*

der que alcanzan más que la composicion trivial, introducen falsas, sin prevenirlas ni abonarlas; ó ya porque, viendo que algunos compositores ilustres, pasando por encima de las reglas comunes, se toman algunas licencias, como dar dos quintas ó dos octavas seguidas, lo cual sólo ejecutan en el caso de entrar un paso bueno, ó lograr otro primor armonioso, que sin esa licencia no se pudiera conseguir (y áun eso es con algunas circunstancias y limitaciones), toman osadía para hacer lo mismo sin tiempo ni propósito, con que dan unos batcazos intolerables en el oido.

Los compositores ordinarios, queriendo seguir los pasos de los primorosos, aunque no caen en yerros tan groseros, vienen á formar una música, unas veces insípida y otras áspera. Esto consiste en la introduccion de accidentales y mudanza de tonos dentro de la misma composicion, de que los maestros grandes usan con tanta oportunidad, que no sólo dan á la música mayor dulzura, pero tambien mucho más valiente expresion de los afectos que señala la letra. Algunos extranjeros hubo felices en esto; pero ninguno más que nuestro don Antonio de Literes, compositor de primer orden, y acaso el único que ha sabido juntar toda la majestad y dulzura de la música antigua con el bullicio de la moderna; pero en el manejo de los puntos accidentales es singularísimo, pues casi siempre que los introduce, dan una energía á la música, correspondiente al significado de la letra, que arrebatada. Esto pide ciencia y número; pero mucho más número que ciencia; y así, se hallan en España maestros de gran conocimiento y comprehension, que no logran tanto acierto en esta materia; de modo que en sus composiciones se admira la sutileza del arte, sin conseguirse la aprobacion del oido.

Los que están desasistidos de genio, y por otra parte gozan no más que una mediana inteligencia de la música, meten falsas, introducen accidentales y mudan tonos, sólo porque la moda lo pide, y porque se entienda que saben manejar estos sánetes; pero por la mayor parte no logran sánete alguno, y aunque no faltan á las reglas comunes, las composiciones salen desabridas; de suerte que, ejecutadas en el templo, conturban los corazones de los oyentes, en vez de producir en ellos aquella dulce calma que se requiere para la devocion y recogimiento interior.

Entre los primeros y los segundos media otro género de compositores, que aunque más que medianamente hábiles, son los peores para las composiciones sagradas. Estos son aquellos que juegan de todas las delicadezas de que es capaz la música; pero dispuestas de modo, que forman una melodía bufonesca. Todas las irregularidades de que usan, ya en falsas, ya en accidentales, están introducidas con gracia; pero una gracia muy diferente de aquella que san Pablo pedía en el cántico eclesiástico, escribiendo á los colosenses: *In gratia cantantes in cordibus vestris Deo*; porque es una gracia de chufleta, una armonía de chulada; y así, los mismos músicos llaman jugueticos y monadas á los pasajes que encuentran más gustosos en este género. Esto es bueno para el templo? Pase norabuena en el patio de las comedias, en el salon de los saraos; pero